


Escribas

Desde las tierras de Pakal

SOFÍA MIRELES GAVITO *Temas esenciales de la poesía de Jamie Sabines* MARTHA ROBLES *António Lobo Antunes en mis diarios* SOLE CEIBA *Chakah y Chechén* ALBERTO CARBOT *Comer al otro* MISAEL SÁNCHEZ *Fragmentos de "Yo, tú, él y sus cuentos"* "Crónica del legado reptiliano" THELMA LÓPEZ *Había una vez en marzo* J. C. DE LA CRUZ *Presencia de Palenque en la Exposición Histórico-Americana de Madrid*

www.revistaescribas.com.mx



**Descubre
Palenque
y vive unas
vacaciones
inolvidables**



Hotel Tulijá
PALENQUE



tulijahotelpalenque.com



Ingresas a todos
nuestros
contenidos
en línea:



2026

MARZO

Escribas

EDITOR

IGNACIO

VERÁSTEGUI ALFONSO

DIRECTOR

DISEÑO


JUAN PABLO

VERÁSTEGUI GARCÍA

EN PORTADA:

Naturaleza de Palenque, Chiapas
Foto Juan Pablo Verástegui G.

www.revistaescribas.com.mx

 <https://web.facebook.com/revistaescribas>

<https://x.com/revistaescribas> 



Los héroes gemelos están presentando una ofrenda al Dios Itzamná
Justin Kerr K732 <http://research.mayavase.com/kerrmaya.html>



CONTENIDO

| | | | | | |
|----|---|----|---|----|---|
| 04 | Temas esenciales de la poesía de Jaime Sabines SOFÍA MIRELES GAVITO | 11 | Chakah y Chechén SOLE CEIBA | 27 | Había una vez en marzo THELMA LÓPEZ |
| 07 | António Lobo Antunes en mis diarios MARTHA ROBLES | 15 | Comer al otro ALBERTO CARBOT | 30 | Presencia de Palenque en la Exposición Histórico-Americana de Madrid J. C. DE LA CRUZ |
| | | 22 | Fragmentos de "Yo, tú, él y sus cuentos" "Crónica del legado reptiliano" MISAEAL SÁNCHEZ | | |

CALENDARIO MAYA

Primero de marzo de 2026

Fecha de Cuenta Larga
13.0.13.6.18 13 baktún

13 X 144.000 días =
1.872.000 días 0 katún

0 X 7.200 días = 0 días 13 tun

13 X 360 días = 4.680 días 6 uinal

6 X 20 días = 120 días 18 k'in

18 X 1 día = 18 días
Fecha del Tzolk'in: 12 Etz'nab'

Fecha del Haab: 16 K'ayab Señor de la Noche: G3. Cualquier día en el calendario gregoriano se puede convertir en uno correspondiente al sistema de calendario maya. Un día, mes y año en particular se puede expresar en una fecha del calendario de Cuenta Larga usando las unidades de tiempo baktún, katún, tun, uinal y k'in junto con las fechas de los calendarios Haab y Tzolk'in. Para mayor información visite Smithsonian Museo Nacional del Indígena Americano en: <https://maya.nmai.si.edu/es/calendario>

Las opiniones expresadas por los articulistas son independientes y no reflejan necesariamente el punto de vista de Escribas.

Escribas, Desde las tierras de Pakal, es una revista de publicación mensual. **Marzo 2026 No. 92** Versión digital disponible www.revistaescribas.com.mx, Editor responsable Ignacio Verástegui Alfonso. Marca con registro ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial. Registro en trámite ante el Instituto Nacional de Derecho de Autor. (ISSN) Domicilio: Nicolas Bravo No. 77 Centro Palenque, Chiapas C.P. 29960. Teléfono 9163480856. Ilustración superior basada en un detalle de la escena de La vasija de Princeton -EL conejo escriba- Mas información en: <http://artmuseum.princeton.edu/collections/objects/32221>

Jaime Sabines y Josefa Rodríguez

TEMAS ESENCIALES DE LA POESÍA DE JAIME SABINES



SOFÍA MIRELES GAVITO

Nació en la ciudad de México el 18 de julio de 1954. Estudió la licenciatura en Filosofía en la UNAM. Fue la primera Directora de la Casa de la Cultura de Tonalá. Ha escrito los libros: “Tonalá, su historia y sus costumbres”; “La Batalla de la Raya de Tonalá 1813” Cronista de la ciudad de Tonalá desde el 2006, miembro de la Asociación de Cronistas del Estado de Chiapas, A.C. y miembro de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas.

En este mes de marzo se cumplen 100 años del natalicio del poeta Jaime Sabines Gutiérrez. El nació en Tuxtla Gutiérrez el 25 de marzo de 1926 y murió en la ciudad de México el 19 de marzo de 1999. Según el poeta Óscar Wong, los temas esenciales de la poesía de Jaime Sabines son tres: el amor, la muerte y Dios.

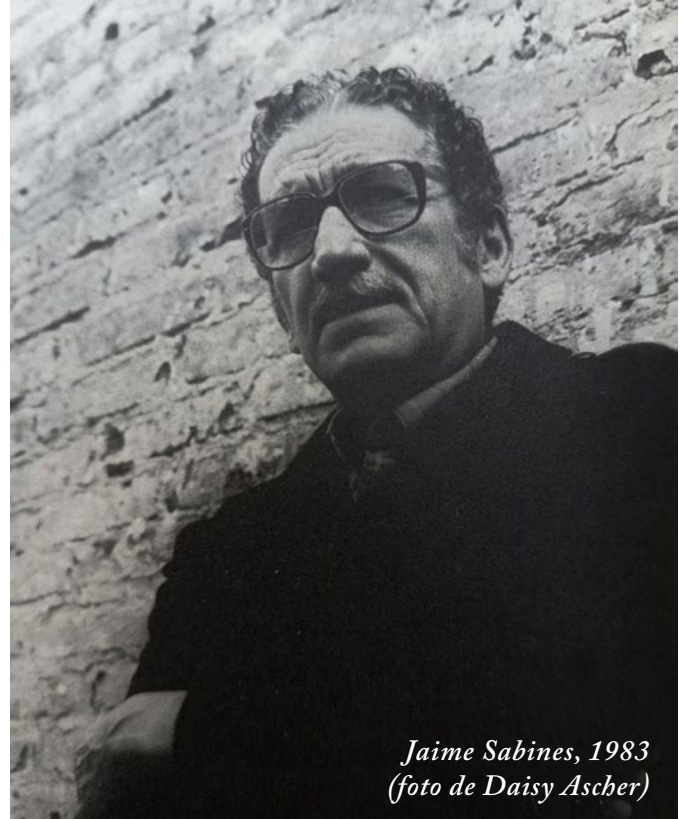
La visión del mundo de Jaime Sabines está influenciada por la educación que el Mayor Sabines, su padre le impartió. Por ello, la imagen de Dios que expresa Sabines es diversa, es a la vez, padre, amigo, enemigo, amado, omnisciente, pícaro y a veces torpe. En virtud de esta visión, Sabines se presenta como un hombre angustiado por el transcurrir de la existencia, amargado

por la certeza de la incertidumbre. Ejemplo de su visión de Dios este fragmento del poema:

Me Encanta Dios.

Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega, y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe de las manos. Nos ha enviado a algunos tipos excepcionales como Buda, o Cristo, o Mahoma, o a mi tía Chofi, para que nos digan que nos portemos bien. (...) Viejo sabio, o niño explorador,...

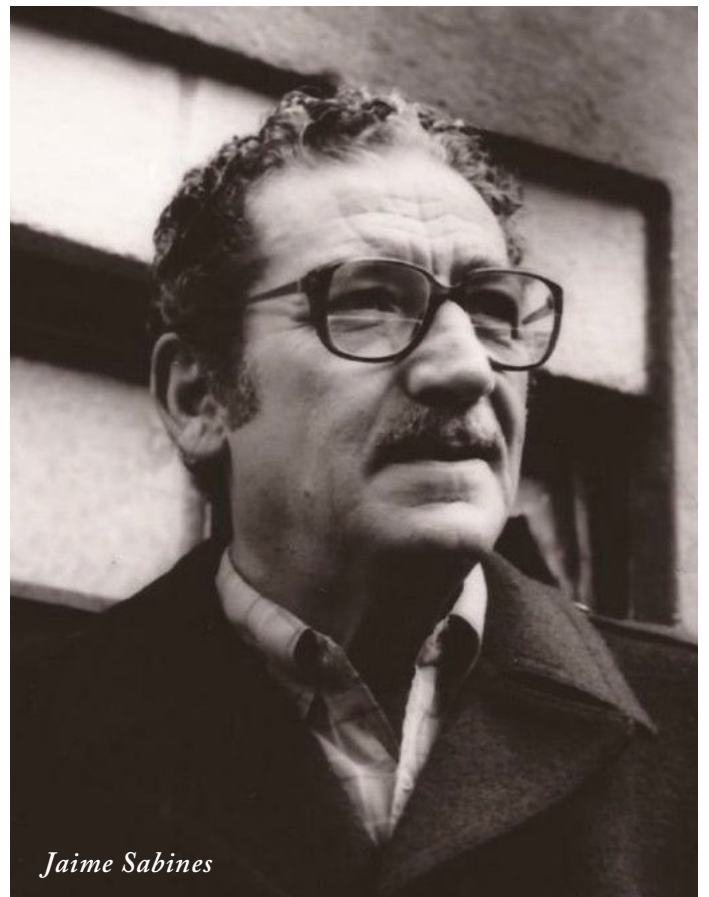
Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer más amada, el perrito y la pulga,... el pétalo más tierno, el aroma más dulce... A mí me gusta, a mí me encanta Dios...



Con respecto a la figura femenina, la mujer en la poesía de Sabines es fuente de creación, erigida en musa, representa el instinto vital. La mujer asume diversos papeles: desafiante, luminosa, hostil, dulce o destructora, pero siempre representa un poder, una energía, una vigorosa motivación para el poeta:

Mi corazón emprende (fragmento).

*Quiero esa arpa honda que en tu vientre
Arrulla niños salvajes.
Quiero esa tensa humedad que te palpita,
Esa humedad de agua que te arde.
Mujer, músculo suave.
La piel de un beso entre tus senos
De obscurecido oleaje
Me navega en la boca
Y mide sangre.*



La visión de la muerte en Jaime Sabines es la sensación del abandono, el abatimiento ante el dolor por una pérdida irreparable. Es el sentimiento de horror ante la degradación por la enfermedad y la desaparición física. La muerte es la ausencia, el vacío total. Sabines es vitalista, encariñado a la vida y temeroso de la corrupción de la carne y con ella, la muerte. Dos poemas de Sabines son los más representativos de este tema: “Algo sobre la muerte del Mayor Sabines” escrito hacia 1964, y “Doña Luz” de 1972. Ejemplo: el soneto XII de la 1ª parte del poema

“Algo sobre la muerte del Mayor Sabines”

*Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.*

*Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.
(....)*

*Apagarse es morir, lento y aprisa
Tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.*

Octavio Paz decía de Jaime Sabines: “que era uno de los mejores poetas contemporáneos de nuestra lengua. Sus poemas tienen tres cualidades poco comunes: la sencillez del trazo, la espontaneidad de la ejecución y la solidez de la forma.”

BIBLIOGRAFÍA:

Wong, Óscar. (2007) Jaime Sabines. Entre lo tierno y lo trágico. Edit. Praxis. México. pp: 116.
Sabines, Jaime. (1997) Recuento de poemas. 1950-1993. Edit. Joaquín Mortiz. México. pp: 286.



El Mayor Julio José Sabines en Chiapas



Portada libro del poeta Jaime Sabines Gutiérrez





ANTÓNIO LOBO ANTUNES EN MIS DIARIOS



MARTHA ROBLES

Nació en Guadalajara, Jalisco. Autora de ensayos, novelas, cuentos y prosas. Licenciada con Mención Honorífica en Sociología por la UNAM; Especializada en Desarrollo Social Urbano por el Instituto de Estudios Sociales de La Haya, Holanda; Maestra en Letras Hispánicas con Mención Honorífica y Medalla Gabino Barreda por la UNAM. Su página digital es: martharobles.com

Vivir es como escribir sin corregir, se lo he leído dos o tres veces a Lobo Antunes. Tiene razón. Pienso en el guión mal dispuesto y al fin entregado al azar que determina nuestras vidas. Compatible en lo esencial con mi talante, su relación con el silencio, la soledad y muy especialmente con la literatura ha sido eje de una estrecha, muy estrecha conexión de-un-solo-lado, siempre al través de la lectura. No pierdo de vista que, desde Memoria de elefante, advertí que en su sensibilidad y su peculiar estética finca su identidad dubitativa y el nervio de su obra, una falsa dualidad que, en apariencia, aún lo sostiene al filo de la vejez.

En el modo peculiar de ver y entender el mundo de este portugués que dejó el tiempo completo de la

psiquiatría para consagrarse a las letras descubrió el filón poético que a tantos contemporáneos ha sido negado. Para no apreciarlo demasiado tuve que separar al António Lobo Antunes que supuse real del autor en posesión de un finísimo estilete para escudriñar recodos del alma. De preferencia oscuros, estos recovecos que al parecer tanto lo atraen, obligan al lector a meditar sobre los misterios de la existencia. Así en Tratado de las pasiones o en El orden general de las cosas. Con la figura de la muerte en perspectiva, despliega los dones refinados de su profesión inicial para bucear en las vilezas y las embrolladas razones que mueven la conducta, tanto de los individuos como del Estado.

Uno de nuestros contemporáneos más notables, este gran novelista lisboeta no duda en zambullirse en el pozo inescrutable de la complejidad psicológica. Precisamente donde las frustraciones, los gozos y en general “las pasiones” van desnudando –de preferencia

en primera persona- esa cosa extraña y con frecuencia enojosa que llamamos “condición humana”. Cuando pienso en la trillada “nuestra condición” inevitablemente recuerdo el pasaje casi inicial de las Antimemorias de André Malraux. Me refiero a unas breves líneas que sintetizan la vida entera en voz del futuro capellán de Verçors, su dialogante en la Resistencia quien, en 1940, entregaba partidas de nacimiento a manos llenas para salvar de los nazis a los judíos. Que después de unos quince años de confesar, “nada le había enseñado la confesión”, salvo que “la gente es mucho más desdichada de lo que pensamos.... “Y, además, lo que pasa es que, en el fondo, no hay gente madura”.

Ese mutuo afán de especular sobre la vida – acerca de la vida frente a la muerte- me llevó a establecer vasos comunicantes entre el complejísimo Malraux y el no menos complicado Lobo Antunes. No obstante la distancia entre sus edades, sus mundos, sus biografías y sus respectivos modos de abordar la aventura humana, ambos convergen al forzarnos a reflexionar en nuestras propias interrogaciones.

Coincido con el capellán y con el padre y el abuelo de Malraux en que el hombre es un mísero montón de secretos. En lo fundamental, el hombre está hecho de olvidos, de lados oscuros, de muchas frustraciones y de esas pasiones en las que el portugués bucea dudando de si él mismo es en verdad el gran escritor que los demás creemos que es. A diferencia del autor de La condición humana y fundador del Museo del Hombre, Lobo Antunes suele preguntarse cómo es que los lectores de tantos países se interesan por sus libros. En contrapunto de las dudas e inseguridades confesas del lisboeta, el colega francés murió entronizado en un ego monumental.



Él era él en lo público y lo privado, en el amor y en el desamor, en la gloria y en el dolor. Vivió como el gigantesco Malraux de las letras de la V República: un hombre de su tiempo que supo a la perfección quién era en la historia, en la cultura, en las letras e inclusive en el aprecio que le profesó Charles de Gaulle. Hay que releer *Los robles que se abaten* y *La hoguera de encinas* para comprender el trasfondo de la monumentalidad de su dialogante Charles de Gaulle, quien a su vez colmaba los días y la imaginación popular al afirmar sin pudor: ¡¡¡Je suis la France!!!!, especialmente al encumbrarse como un gran estadista, a partir de 1958.

Claro que la literatura es la vida y una pasión, acaso la más intensa de todas. De suyo desciende de la vida y se regresa a la vida. La voz, las voces de Lobo Antunes, rítmicas y hermosas, traspasan lo aparente y donde menos se lo espera, detienen el aliento. En su estilo caben la pausa y la fuerza vital del silencio. A diferencia del ensoberbecido e inalcanzable Malraux, aunque no menos talentoso, este peculiar escritor/psiquiatra portugués y protagonista él mismo de guerras

internas y externas, se aventura a cruzar el otro lado, como gustaba a Borges y al mismísimo Lewis Carroll; es decir, António Lobo Antunes es un explorador magnífico del revés del alma/espejo.

Coincido con él en que muchas veces es preferible fascinarse con los escritores a través de sus libros que desilusionarse al conocerlos. Sólo son gente como el resto del mundo, salvo que el talento los distingue. Él mismo suele decir que si vemos a quienes leemos con admiración, con seguridad nos van a parecer horribles en su vida cotidiana, aburridos o soberbios insufribles. Aseguró que sus verdaderos amigos son los que tenía antes de sus libros. Por consiguiente, son los que te quieren como eres y a pesar de la obra. Para ilustrar esta distancia entre el hombre del diario y la celebridad relató que cuando un hombre encontró en una calle de París a la admiradísima actriz, le preguntó: “¿Es usted Sarah Bernhardt?”, y ella contestó: “Lo seré esta noche”. Yo misma he conocido a numerosos escritores que me harían coincidir en que “Ni siquiera Balzac era Balzac.”

Miedo, dolor, inseguridad, falta de autoestima, desesperación, ansiedad, dudas, tendencias autodestructivas... Ese ramillete oscuro e inspirador de lo humano que como psiquiatra enseñó al portugués a ver el alma desde otras orillas es por necesidad nutriente de la gran literatura. Lo supo Tolstói, lo exploró Yourcenar; con esa materia Flaubert dio vida a su insuperable Mme. Bovary y no se diga del estilete de Shakespeare que no dejó emoción sin tocar. Y eso es lo que se descubre en la obra de Lobo Antunes: al hombre en sí que ya no puede ocultarse ni de sí mismo, como ocurre en el cuento falsamente infantil “El traje del emperador”.

La obviedad del carácter de Malraux, a pesar de su natural mitomanía, impidió que las excelentes



biografías que de él he leído me sorprendieran con la revelación de algún secreto. Convencido de que todo en su vida era trascendental para la historia y/o las letras, acaso nada tuvo tan recóndito que no se descubra en su vastísima obra. Si los tuvo, los secretos de Malraux trasmutaron en verdades ficticias. No así Lobo Antunes, quien sabe cuál es el hombre portador de un historia privada que vive más allá de sus libros y cuál el escritor inseparable de sus obras. De hecho y quizás como mecanismo de defensa, entrevista tras entrevista sigue neceando con que no sabe por qué se venden sus libros. Que si no sabe si es escritor. Que si hay cosas que le interesan más que su notoriedad o su fama, “como la forma en que el libro te lleva consigo cuando empieza a existir”, según consta en sus Conversaciones con María Luisa Blanco.

Que hay gente escribiendo sobre su obra y que está haciendo un gran esfuerzo por comprender “lo que yo no comprendo muy bien”. Y, más allá aclara el hombre de las contradicciones ostensibles que sólo lamentaría morir por dejar de escribir, “porque es el único sentido de mi vida. Mi vida sin la escritura no tiene sentido [...] Sin libros me sentiría perdido [...]” En sus ires y venires entre el yo doméstico y el yo público que se ostenta como creador de ficciones, para el Lobo Antunes que no abandonó del todo la psiquiatría cobra un gran sentido lo que Freud decía: que nuestra vida es un combate contra la depresión. “Y yo creo que eso es verdad –asegura António. Uno intenta atenuar la depresión con el trabajo, con el amor, con los amigos... Cada uno busca sus antídotos. Para Freud el objetivo de psicoanálisis es intentar cooperar con la depresión, transformarla en algo creativo. Jung, por su parte, decía que no envidiaba ni a los escritores ni a los pintores, porque quienes



no crean tienen la fortuna de poder crearse a sí mismos, lo cual es mucho más importante”.

“Crearse a sí mismos...” Dilemas y afirmaciones así son los que nos dejan como al rey desnudo.

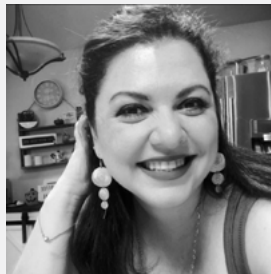
No obstante haberse jubilado hace años de la consulta, todos los días se va a trabajar en lo suyo al psiquiátrico. Allí, en ese universo y con esa población que tanto quiere y con la que dialoga hasta escudriñar el alma, lee, se relaciona y escribe lo fundamental de sus crónicas, sus ficciones, sus páginas todas. Con otros nombres que frecuento con similar simpatía, hubo un tiempo en mi vida en que me hubiera gustado iniciar la que creí que sería una gran amistad con Antonio Lobo Antunes. Al observar con detenimiento sus fotografías e inferir aquí y allá lo que podría haber más allá del silencio, no dudé en retomar sus libros y regresar al invaluable espacio que, inagotable, se tiende entre el creador y su lectora.

Y ése, entre otros, es el prodigio liberador de las letras: imaginar, escudriñar el inagotable espacio de lo sutil y posible mientras vamos leyendo historias y juegos del destino que, a querer o no, nos exhiben de cuerpo entero.





CHAKAH Y CHECHÉN



SOLE CEIBA

Sole Ceiba es el seudónimo de Marisol Rodríguez Aguilar, agente de viajes desde hace más de 30 años y viajera empedernida por convicción y por destino. Nació en la Ciudad de México un 17 de noviembre de 1978. “Soy ciudadana del mundo —dice—. Vivo donde me cae bien el clima, la gente, donde aprendo, donde me siento libre... Pero en Palenque, late mi corazón, por eso siempre es mi refugio de paz para volver”

Antes del nombre,
antes de la herida,
antes del miedo,
la selva ya los había unido.

El Chechén nació del rayo,
de la advertencia,
de la memoria ardiente
que protege lo sagrado.
Su savia guarda la lección antigua:
no todo se toca,
no todo se toma,
no todo es para el hombre.

El Chakah nació del alivio,
de la sangre clara de la tierra,
del conocimiento que sana
sin borrar la cicatriz.

Donde el dolor aprende,
él enseña.

Crecieron juntos
no por casualidad,
sino por designio profundo.
La selva no separa opuestos:
los equilibra.

El Chechén sostiene el límite.
El Chakah ofrece el perdón.
Entre ambos
se mantiene en pie
el acuerdo invisible
que permite a la vida continuar.

No se abrazan.
Se reconocen.
Y ese reconocimiento
es más fuerte que la cercanía.

Bajo sus raíces
el tiempo se curva.
Las hormigas escriben rutas sagradas,
los hongos murmuran lenguas antiguas,
las semillas sueñan futuros
que aún no existen.

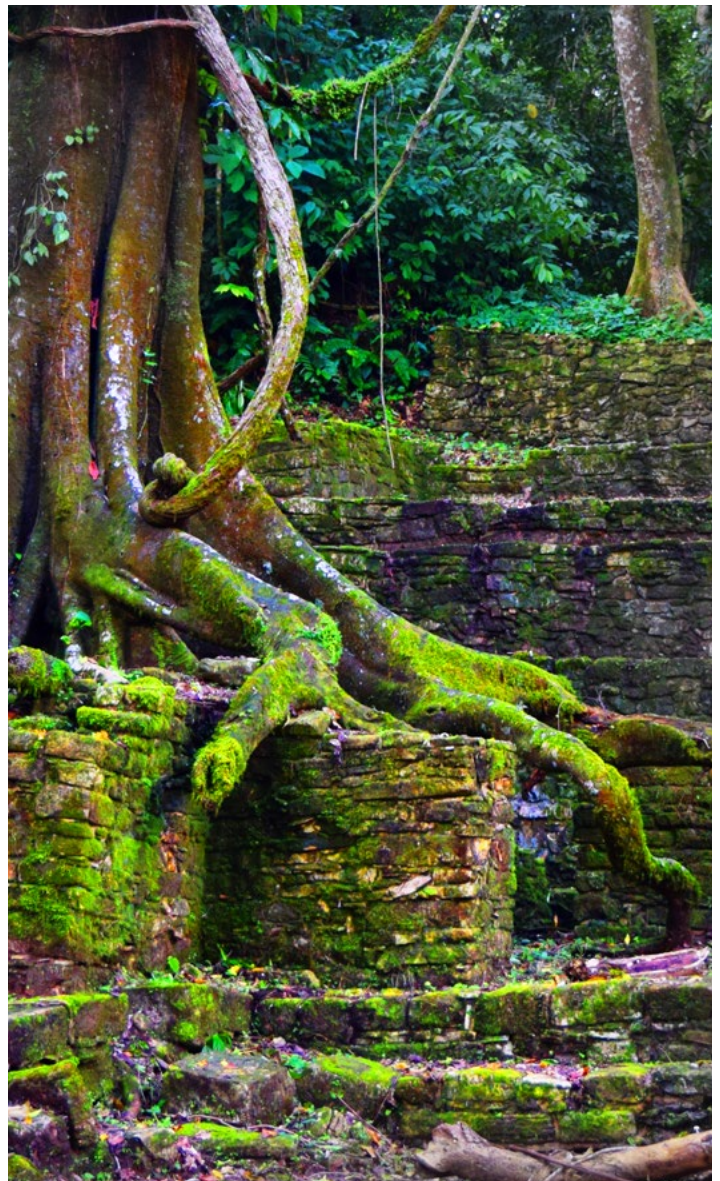
El viento aprende de ellos
a no imponer su fuerza.
La lluvia entiende
cuándo caer y cuándo esperar.

Quien toca al Chechén sin respeto
aprende a través del fuego.
Quien llega al Chakah herido
recibe la lección del alivio.
La selva educa,
aunque el hombre no siempre escuche.

Este amor no es dulce.
Es necesario.

Cuando el Chechén cae,
el Chakah sangra en silencio.
Cuando el Chakah desaparece,
el Chechén arde sin sentido.

Por eso la selva no pide admiración.
Pide manos que sepan detenerse,
miradas que comprendan
que cada árbol
es una historia viva
sosteniendo al mundo



El guardián de las sombras

El jaguar no pertenece al día.
Es hijo de la noche profunda,
del pulso lento de la tierra
cuando nadie mira.

Camina como quien recuerda
el primer latido del mundo.
Cada paso suyo
ordena lo invisible.

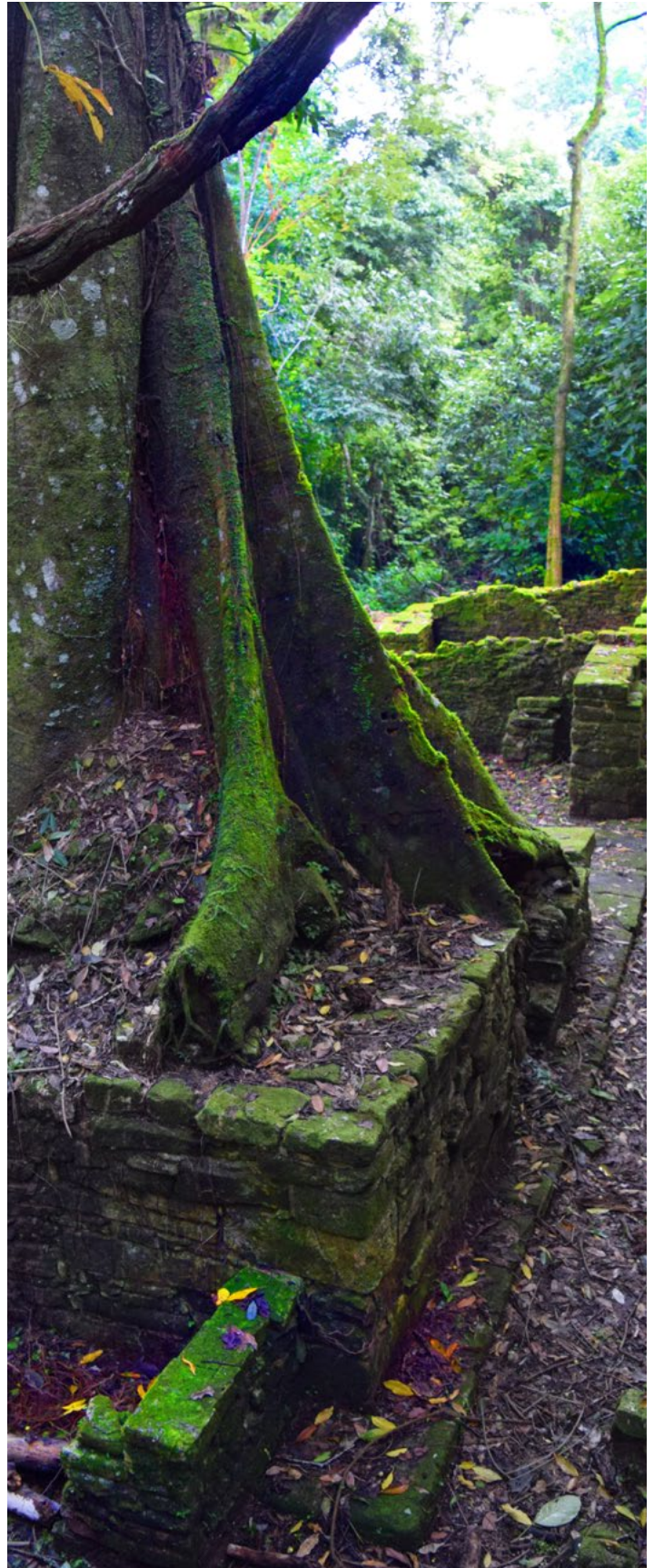
Sus manchas no son azar.
Son estrellas caídas,
fragmentos del cielo
marcados en su cuerpo
para que la selva
no olvide el camino.

Cuando el jaguar se mueve,
la selva escucha.
No por miedo,
sino por respeto antiguo.

Él sabe
cuándo el venado debe correr,
cuándo el río calla,
cuándo la luna baja
a tocar el agua.

No caza por exceso.
Caza por equilibrio.
Su hambre es medida,
su fuerza es límite,
su soledad es responsabilidad.

Donde el jaguar vive,
la selva respira completa.
Donde desaparece,
algo se rompe sin ruido.



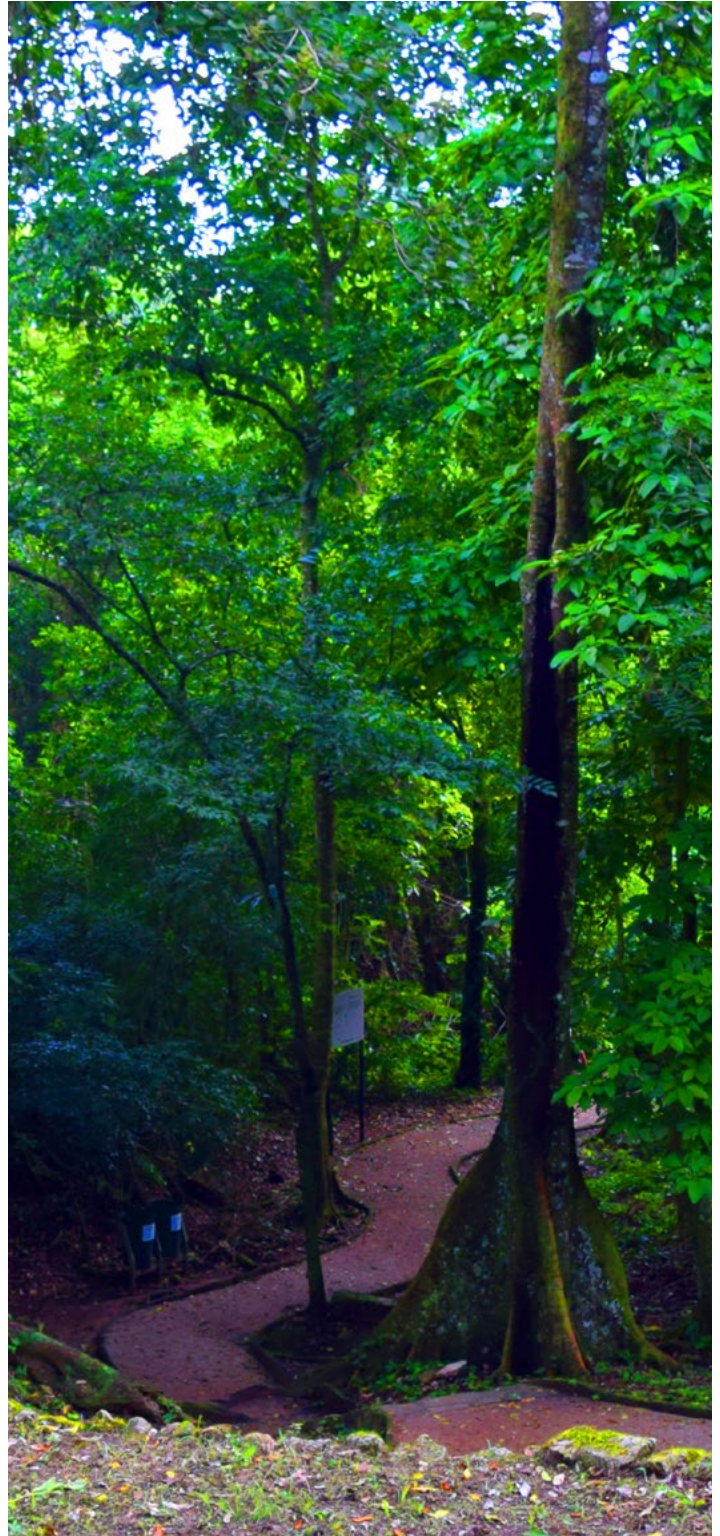
Él no habla en lengua humana,
pero su ausencia
es un grito largo
que atraviesa los siglos.

En sus ojos
vive la noche entera:
insectos, raíces,
latidos diminutos,
vidas que no conocen nombre
pero sostienen al mundo.

El jaguar no defiende territorios:
defiende el orden sagrado.
No protege por aplauso,
protege porque existe.

Mientras el jaguar camine,
la selva aún sueña.
Mientras alguien pronuncie su nombre
con respeto,
quizá la noche
no nos cierre del todo sus puertas.

Porque perder al jaguar
no es perder un animal.
Es olvidar
quién cuidaba el equilibrio
cuando el hombre decidió olvidar.

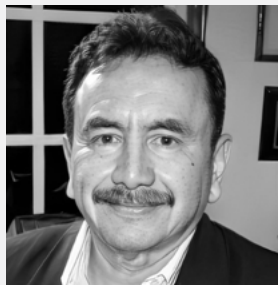




COMER AL OTRO

El canibalismo en Mesoamérica

RITUAL, PODER Y VIOLENCIA



ALBERTO CARBOT

Nació en Tapachula Chiapas. Estudió la licenciatura en periodismo en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García; Profesor de la maestría en Comunicación en la Universidad Panamericana; Corresponsal de Excélsior y Canal 11 en Europa (80-82). Cofundador del IMER. Reportero en el diario UnomásUno. Corresponsal de guerra en Centroamérica: Nicaragua y El Salvador, además de Haití. Director de la revista Gentesur/La revista de México y columnista político.

El libro de Stan Declercq desmonta siglos de prejuicios sobre la antropofagia ritual de los nahuas y abre un contrapunto con los episodios de canibalismo actual, donde la violencia reemplaza al sentido cósmico Comer al otro: el canibalismo en Mesoamérica; ritualidad, poder y violencia El libro “Comer al otro. Canibalismo, guerra y ritualidad entre los antiguos nahuas”, del arqueólogo belga Stan Declercq, desmonta la visión simplista de la antropofagia mesoamericana. Más que un acto de barbarie, la interpreta como una práctica ritual regulada por jerarquías, cosmología y normas sociales. Su investigación lanza un desafío incómodo: lo verdaderamente brutal no fue lo que hicieron los nahuas, sino la ceguera con que Occidente ha ignorado durante siglos el trasfondo cultural de esas ceremonias Alberto Carbot El pasado mes de septiembre, durante la Feria Internacional

del Libro de Antropología e Historia, se presentó el libro “Comer al otro. Canibalismo, guerra y ritualidad entre los antiguos nahuas” del investigador Stan Declercq. Publicado por la UNAM en coedición con el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (Cemca) patrocinado por el gobierno francés, el libro propone desmontar siglos de prejuicios sobre el canibalismo en Mesoamérica. Lejos de la caricatura colonial que reducía a los mexicas y mayas a simples “comedores de carne humana”, la obra de Declercq —presentada inicialmente en diciembre del año pasado en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en un evento que contó con la participación de la investigadora Elena Mazzetto—, plantea un horizonte simbólico mucho más amplio. Su obra, de más de 400 páginas, descansa en códices, crónicas coloniales, testimonios arqueológicos y una mirada antropológica que evita las trampas del exotismo. +y un método comparativo con otras partes del mundo amerindio.

Stan Declercq, arqueólogo belga radicado en México desde el año 2000, se formó en la ENAH y obtuvo la maestría y el doctorado en la UNAM. Su investigación se centra en la ritualidad mesoamericana, la Guerra Florida y la antropofagia ritual, temas que ha abordado en estudios reconocidos con el Premio y la Medalla Alfonso Caso. En 2018 concluyó su doctorado con un estudio pionero sobre la antropofagia ritual en el mundo azteca, centrado en la Guerra Florida y el consumo de prisioneros de guerra. Sus intereses actuales abarcan la ritualidad, la guerra y las interacciones entre pueblos nahuas del Posclásico Tardío, con especial énfasis en la noción de “persona relacional”. En el centro de su planteamiento está un concepto provocador: la cosmofagia, es decir, la idea de que el universo mismo funciona como una red de consumo. En

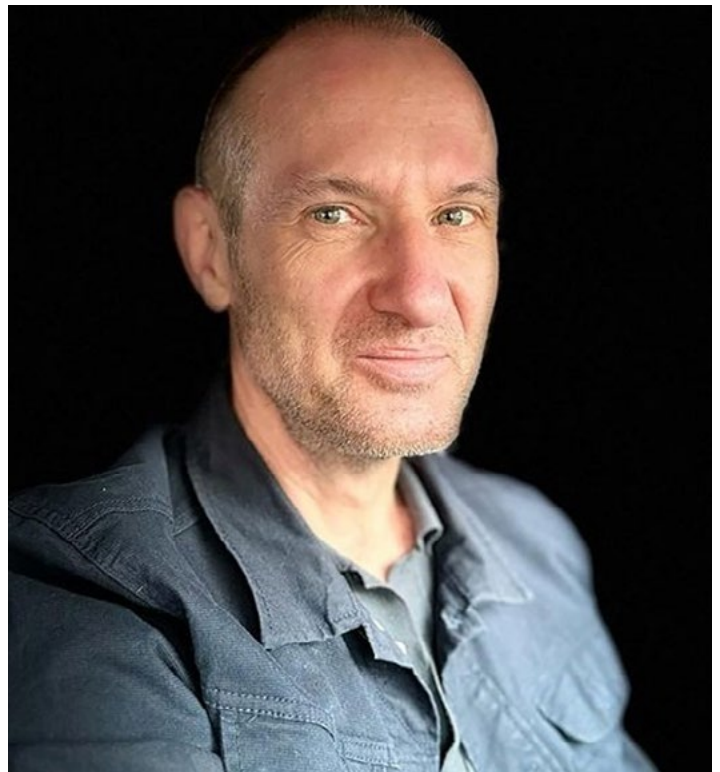


esa red no sólo los hombres devoran: también lo hacen los jaguares, las montañas, los espíritus del agua, los ancestros, los dioses. Comer, en ese universo, es dialogar. Comer es comunicarse con otras entidades del cosmos. Así, cuando los mexicas sacrificaban a un prisionero y luego lo consumían ritualmente, no estaban saciando hambre sino participando en esa red cósmica. El cuerpo del enemigo se convertía en energía transformada, en vehículo para renovar pactos con los dioses y con la comunidad. Por eso Declercq insiste: no podemos entender el canibalismo prehispánico desde la moral occidental cristiana que lo convierte en tabú absoluto. El arqueólogo belga Stan Declercq, desmonta la visión simplista de la antropofagia mesoamericana. Más que un acto de barbarie, la interpreta como una práctica

ritual —En su libro usted introduce el concepto de cosmofagia. ¿Cómo llegó a esta noción y en qué se diferencia de las interpretaciones clásicas del canibalismo ritual mesoamericano? —Hasta ahora, la mayoría de estudios se concentran en una explicación religiosa. Siguiendo a Hubert y Mauss, se entendía que la víctima era consagrada y, al ser consumida, permitía una comunión con las deidades. El objetivo era establecer una reciprocidad entre humanos y dioses. Esa interpretación, proveniente de la antropología simbólica, enfatiza la dimensión sagrada. Yo propongo otra lectura: mirar la relación social entre consumidor y consumido, más allá de la ofrenda divina.

El cosmos se compone de comunidades diversas —dioses, muertos, héroes, animales, astros— que participan en una red de alimentación que yo llamo cosmofagia. —Las crónicas coloniales de Sahagún y Bernal Díaz del Castillo han sido decisivas para hablar de una antropofagia mexicana. ¿Cómo enfrenta usted el sesgo de esas fuentes? —No podemos reducirnos a dos autores. Sahagún, además, escribió en español y en náhuatl. Sólo con un análisis comparativo es posible distinguir el pensamiento cristiano del indígena. En sus descripciones de las fiestas del calendario solar encontramos un valioso registro de la visión nativa, no sólo un filtro cristiano.

Para los pueblos mesoamericanos, la humanidad no era una categoría universal. Cada comunidad se asumía como “la más humana”. El enemigo, en cambio, era despojado de esa humanidad plena y reducido a un rango animal. Comerlo no equivalía a devorar a un semejante: era, simbólicamente, cazar un venado en el campo de batalla. De allí que las fuentes comparen la carne de los prisioneros con la de animales silvestres. El enemigo era animalizado, para su sacrificio y consumo. Este mecanismo cultural



permitía que el canibalismo no destruyera el orden interno de la comunidad. Al contrario, lo reforzaba, porque sólo las élites podían participar de esos banquetes. Guerreros, sacerdotes y nobles eran los únicos con acceso a la carne humana. Comer al enemigo era un privilegio político y espiritual, una marca de jerarquía.

Otro ejemplo descrito por Declercq es el de los ixiptla: individuos convertidos en encarnaciones vivas de los dioses. Estos hombres eran divinizados durante semanas o meses, tratados como deidades, y al final sacrificados. Su carne, entonces, era consumida como cuerpo sagrado. Aquí se percibe una semejanza con la comunión cristiana: el cuerpo convertido en alimento de lo divino. La diferencia es que en Mesoamérica la carne era literal, no simbólica. Otra vertiente era la de los enfermos con jiones: manchas blancas en la piel, posiblemente vitíligo o infecciones cutáneas. Para los pueblos de Michoacán, esos cuerpos eran “tocados” por deidades acuáticas.

Ser marcado por esa enfermedad era una señal para ser ofrecido en sacrificio. No era un castigo, sino una forma de reciprocidad: entregar al dios lo que ya había marcado. Así, la enfermedad se convertía en un lenguaje religioso y no en simple patología. Las crónicas también hablan de banquetes políticos: se cocinaba la carne de un espía enemigo y se servía en secreto a sus propios representantes. Descubrir que se había comido a un miembro de la propia comunidad equivalía a una declaración de guerra. Comer al enemigo era mensaje, agresión y teatro político.

El canibalismo se revela así como un lenguaje múltiple: religioso, militar, diplomático, simbólico. Nada más alejado de la idea simplista de un pueblo hambriento comiendo carne humana por necesidad. Declercq es enfático: el canibalismo mesoamericano fue siempre un fenómeno acotado, elitista, ritualizado. Y su comprensión requiere despojarnos de la lente colonial que lo redujo a barbarie. Sin embargo, el tema sigue provocando rechazo visceral en



el presente. En Mesoamérica, devorar al otro era entrar en diálogo con dioses, montañas y ancestros. El tabú del canibalismo es tan fuerte porque marca el límite de lo que entendemos por civilización. Traspasarlo, aun en circunstancias extremas, es desestabilizar el orden social.

Declercq asegura que, para los nahuas, ese límite estaba ritualizado y legitimado. La discutida idea del pozole elaborado con carne humana La narrativa popular de que el pozole prehispánico contenía carne humana proviene de fuentes coloniales como Sahagún, pero no debe confundirse con el platillo actual. Acciones punitivas españolas, la introducción del cerdo y los procesos de evangelización, terminaron por erradicar estas prácticas. En este punto, Stan Declercq introduce una reserva.

Considera que hacer eco de la relación entre la llegada del cerdo y la desaparición de la antropofagia resulta, en sus palabras, “algo desafortunado y especulativo”. Explica que no hay investigaciones que demuestren una correlación directa entre ambos procesos y advierte que sugerir que el cerdo reemplazó la carne humana puede llevar, aunque de manera involuntaria, a reforzar la antigua interpretación de estas prácticas como simples respuestas a la necesidad de proteínas.

Los cronistas dejaron constancia tanto de los guisos rituales como de los castigos ejemplares, mientras que la arqueología confirma que la antropofagia fue un fenómeno real, aunque siempre enmarcado en guerra y ritual. En las fuentes coloniales más tempranas, en particular el Códice Florentino de fray Bernardino de Sahagún, se menciona un guiso llamado tlatcatlaolli, “maíz de (con) hombre”, donde se cocía carne humana con granos de maíz. Se ha reseñado que plato se servía en vasijas entre

los participantes de un banquete ritual, tras el sacrificio de cautivos. El dato, recogido y comentado por la plataforma Noticonquista/UNAM, es una de las pruebas más sólidas de que la antropofagia en Mesoamérica tenía un carácter ceremonial, no cotidiano. En la misma línea, “El pozole de los guerreros”, otra entrada del mismo sitio universitario, explica que el cuerpo sacrificado se repartía entre los asistentes, mientras el muslo estaba reservado al tlatoani, en aquel tiempo Moctezuma. La asociación de este guiso ritual con el pozole actual es más simbólica que literal, pero sí permite comprender cómo un platillo con maíz y carne podía tener orígenes ligados a ceremonias de sacrificio.



El Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en su ensayo “Teocualo, el dios comido”, enfatiza que comer la carne de la víctima era el acto culminante del sacrificio: significaba participar en la fuerza divina absorbida por medio de la ingestión. La práctica se hallaba en un contexto profundamente religioso y no en el de la dieta común.

Conviene matizar: el nombre “pozole” aplicado directamente a estos guisos es un anacronismo. Los nahuas lo llamaban tlacatlaolli, y su sentido era ritual, no gastronómico. Sin embargo, diversos estudios de divulgación reconocen que el pozole actual conserva el maíz nixtamalizado y el caldo, aunque sustituye la carne humana por cerdo, pollo o pavo. —¿Qué relación existe entre el tlacatlaolli y el actual pozole? ¿Podemos hablar de continuidad cultural o de un mito colonial? —

El tlacatlaolli era maíz hervido con un añadido de carne humana. Se parece al pozole, pero no puedo afirmar que haya una relación directa. No soy especialista en gastronomía colonial, de modo que prefiero no especular. —Usted señala que sólo una élite accedía a la carne

humana. ¿Qué revela esto sobre la jerarquía social mexica y maya? —Que las élites, en cualquier cultura, concentran privilegios. En la Europa medieval sólo la nobleza podía comer carne de caza. En Mesoamérica ocurrió algo similar: el consumo de carne humana era un signo de distinción reservado a los grupos dominantes —menciona el investigador.

En cuanto a Hernán Cortés, sus Cartas de Relación mencionan la prohibición de sacrificios humanos e idolatrías, y el castigo ejemplar a quienes los practicaban. No siempre se usa la palabra “canibalismo”, pero los cronistas coinciden en que hubo represión explícita.

De hecho, en la historiografía se conserva un episodio narrado por Antonio de Herrera, cronista mayor de Indias, quien recogió en sus “Décadas” testimonios sobre sacrificios y banquetes rituales en la Nueva España, apoyándose en documentos oficiales de la Corona. Sus relatos, aunque influidos por la mirada imperial, se convirtieron en referencia clave para comprender cómo la monarquía española interpretaba la antropofagia

mesoamericana. Un episodio, en el que Cortés ordenó quemar vivo a un indígena por haber comido carne humana, ha sido citado en estudios académicos modernos. Durante su expedición a

Las Hibueras (Honduras) (1524–1526), en la llamada Quinta Carta de relación, se ha insistido en que Cortés insistió en castigar con dureza las idolatrías y sacrificios. La documentación señala que aplicó medidas punitivas contra caciques que mantenían costumbres prohibidas, lo cual incluía la antropofagia ritual. Ya en el plano alimentario, la introducción del cerdo europeo fue decisiva. Cortés y sus hombres lo trajeron desde Cuba, donde ya se había adaptado al clima antillano. Su reproducción veloz y su aprovechamiento integral lo convirtieron en la base de proteínas de la Nueva España.

El historiador Justo L. del Río Moreno, documenta cómo el cerdo transformó la dieta colonial y desplazó otras fuentes de proteína, incluidas las rituales. Lo que no aparece en fuentes primarias es una orden formal de Cortés decretando que el cerdo debía sustituir a la carne humana. En todo caso podría ser más correcto decir que la introducción del puerco, junto con la represión de los sacrificios, terminó desarraigando la

práctica de la antropofagia ritual, imponiendo la carne de cerdo como opción aceptable dentro de la nueva moral cristiana. Al reseñar el asedio de Tenochtitlan en 1521, algunas versiones sostienen que los tlaxcaltecas intentaron llevarse cuerpos de mexicas para comérselos, y que los españoles habrían hecho una valla para impedirlo. La evidencia en las crónicas principales, como la Bernal Díaz del Castillo, es ambigua y no se conserva esa descripción exacta.

Es más bien una interpretación posterior de los cronistas. Lo que sí está arqueológicamente demostrado es el caso de Zultépec-Tecoaque, Tlaxcala, donde se hallaron restos de españoles y aliados indígenas sacrificados y consumidos ritualmente por pueblos aliados a los mexicas en 1520. Tras descubrirse el hecho, los españoles masacraron a toda la población local en represalia.

Este hallazgo del INAH demuestra que la antropofagia ritual existió también como arma de guerra. Estos datos permiten ver que, en efecto, parte de los prisioneros eran destinados a guisos rituales con maíz; que Cortés castigó con severidad a quienes practicaban sacrificios y antropofagia, llegando incluso a la hoguera; que el cerdo europeo llegó tempranamente y ocupó el lugar de carne ritualizada; y que existen evidencias arqueológicas, como en Tecoaque, que confirman episodios de canibalismo bélico. —¿Hasta qué punto la animalización del enemigo explicaba la justificación del canibalismo? ¿Se trataba de un mecanismo simbólico para legitimar guerra y sacrificio? —

No lo interpreto como legitimación. Era parte de una cosmología con reglas precisas, donde la captura del enemigo era un hecho normal. Todos los seres tenían alma, pero el “verdadero humano” era el miembro de tu comunidad. El enemigo más codiciado era el vecino inmediato:





ni idéntico ni radicalmente distinto. —En su investigación, ¿qué diferencias encontró entre mexicas, mayas y otras regiones como Michoacán en torno al consumo ritual de carne humana? —Disponemos de un panorama incompleto. Sobre los nahuas tenemos datos relativamente abundantes. De otros grupos, como los mayas o los pueblos de Michoacán, casi nada. Es difícil establecer contrastes precisos. —Hoy el canibalismo se asocia con crímenes o episodios extremos, como la tragedia de los Andes en 1972. ¿Qué reflexión le merece la comparación con la práctica ritual mesoamericana? —Es una comparación absurda. Lo que hoy conocemos como canibalismo por sobrevivencia, enfermedad o violencia gratuita, no tiene nada en común con las prácticas rituales mesoamericanas. Son universos distintos —dice. Al preguntarle qué espera que cambie en la percepción pública y académica tras la publicación de su libro, Stan Declercq responde con cautela: —Ojalá

avancemos hacia una comprensión menos prejuiciada. Debemos informarnos antes de opinar. Para muchas culturas, nuestra costumbre de enterrar a los muertos es impensable: “¿Cómo dejar que los gusanos devoren a un familiar?”, se preguntan. Ellos preferían ser comidos por un enemigo. Todo depende del marco cultural desde el cual se mire —puntualiza. El investigador belga coloca así un espejo incómodo: mientras Occidente insiste en reducir la antropofagia mesoamericana a una mancha de barbarie, lo que emerge de su análisis es una práctica regida por normas, cosmología y jerarquía. En todo caso, parece considerar que finalmente lo brutal no está tanto en lo que hicieron ellos, sino en la ceguera general que ha desestimado el entramado cultural que dio origen a sus ceremonias, al juzgarlas cinco siglos después, sin un análisis académico y antropológico serio, como el que plantea en su libro.

06 de octubre de 2025



F r a g m e n t o s

de “Yo, tú, él y sus cuentos”



CRÓNICA DEL LEGADO REPTILIANO



MISAEEL SÁNCHEZ

Periodista oaxaqueño con más de treinta años de experiencia profesional. Experto en crónica y reportaje, es reportero de la Agencia Oaxaca Mx

Comé víbora de cascabel en mi adolescencia. Fue en Zaachila, durante una fiesta patronal. La carne, cocida en caldo espeso con epazote y chile costeño, tenía un sabor entre pollo y pescado, con una textura fibrosa que se deshacía en la boca. Me dijeron que curaba el asma, que fortalecía los huesos, que limpiaba la sangre. No sé si fue cierto, pero desde entonces, las serpientes dejaron de ser solo animales para mí. Se volvieron símbolos. Presencias. Advertencias.

Años después, en una casa que rentaba en Tlacolula, una nauyaca trató de salir por debajo de la puerta. La vi arrastrarse lentamente, como si no quisiera despertar sospechas. Era

una *Atropoides nummifer*, también llamada mano de metate o tancash. De cuerpo robusto, cabeza triangular, piel con patrón zigzagueante que se confundía con la hojarasca. ¿Cuánto tiempo vivió en casa? ¿Dónde se ocultaba? ¿Qué comía? Nunca lo supe. Pero desde entonces reviso debajo de los muebles antes de dormir.

En Huajuapán, conocí a Don Lino, un campesino que fue mordido por una cascabel pigmea de montaña. *Crotalus triseriatus*, de apenas medio metro de largo, pero con veneno suficiente para provocar hemorragia, entumecimiento y dolor punzante. Don Lino sobrevivió porque su nieto lo llevó en burro hasta el centro de salud. Le aplicaron suero antiviperino y le salvaron la pierna. Desde entonces, Don Lino usa botas de cuero grueso y lleva un bastón con punta metálica para golpear el suelo antes de caminar.

En Pochutla, durante una cobertura sobre cultivos de café, me hablaron de la nauyaca real. *Bothrops asper*, también conocida como mahuaquite o rabo amarillo. Una serpiente de gran tamaño, capaz de alcanzar los dos metros y medio. De hábitos nocturnos, se oculta entre los cafetales y sale al atardecer. Su veneno es letal: provoca necrosis, sangrado por encías y ojos, vómito, hipertensión y falla renal. Es responsable de más muertes humanas en América Latina que cualquier otra especie. En una finca, vi a un joven que la confundió con una culebra inofensiva. La tocó. La serpiente lo mordió. Murió antes de llegar al hospital.

En Juquila, conocí a una mujer que criaba coralillos. *Micrurus bernardi*, el coralillo ensillado. De hábitos crepusculares, se alimenta de otras serpientes y lagartos serpentiformes. Su veneno es neurotóxico, afecta el sistema nervioso, provoca taquicardia y dificultad para respirar. La mujer decía que los coralillos protegían su casa



de los malos espíritus. Los mantenía en cajas de madera, alimentándolos con lagartijas que cazaba en el monte. Un día, uno se escapó. Lo encontró su nieto. Lo mordió. Sobrevivió porque la mordida fue seca, sin inoculación de veneno. Pero desde entonces, la mujer dejó de criarlos.

En Tehuantepec, durante una caminata por los cerros, vi un bejuquillo. *Oxybelis aeneus*, serpiente de cuerpo delgado, camuflaje perfecto, movimientos que imitan el balanceo de las ramas. Inofensiva, pero temida por su forma de cabeza en flecha. La gente cree que puede atravesar a una persona a toda velocidad. Mito. Su veneno solo mata lagartijas. Pero por ignorancia, muchos la matan al verla.

Les cuento de Roberto, quien no volvió a los Mixes. Ni por encargo, ni por gusto. Desde aquella tarde en que estacionó la grúa frente a la casa de tejas rojas y columnas de piedra, algo se le quebró por dentro. El camino había sido largo, de curvas cerradas y silencio espeso.

Cuando llegó, pidió comida como quien pide auxilio. Lo sentaron en la cocina, detrás de la casa, en una terraza que parecía balcón de dios: la sierra se desplegaba como un tapiz de verdes profundos, y el aire olía a leña y humedad.

Le sirvieron frijoles negros, huevos al comal y unos filetes dorados en un tazón de barro. Comió con gusto, con hambre de jornalero. Al final, agradeció. Y preguntó, con la inocencia del forastero, dónde conseguían pescado tan fresco. La abuela, de ojos claros y manos huesudas, lo miró sin sorpresa. “Pescado? No joven. Los filetes son de víbora. De cascabel. La cazamos esta mañana. La carne es buena para la presión, para los nervios, para los hombres que trabajan con máquinas.”

Roberto tragó saliva. Miró las cortinas que ondeaban en la terraza. Eran pieles de víboras tejidas con precisión, como tapices de guerra. Sintió frío. Náuseas. Calambres. Retorcijones. Escalofríos. Váguídos. Le dieron todas las enfermedades que no figuran en los manuales. Y para acabarla de amolar, antes, cuando le sirvieron el café, lo tomó por el lado de la agarradera. Lo hacía por costumbre, por superstición. La abuela lo observó y dijo: “Qué curioso. Mi esposo también toma por allí. Es que tiene vitiligo. Dice que así no se le pasa a nadie.”

Cuando Roberto regresó a Oaxaca, se internó en el hospital civil. Le hicieron estudios, análisis, tomografías. No tenía nada. Ni fiebre, ni infección, ni intoxicación. Solo se había sugestionado. El médico le dijo que era una reacción psicósomática. Que el miedo también se digiere. Que hay comidas que no se metabolizan en el estómago, sino en la memoria.

Desde entonces, cada vez que Roberto ve una serpiente en la televisión, cambia de canal. Y

cuando alguien le ofrece carne exótica, pregunta dos veces. Porque hay cosas que no matan, pero dejan marcas. Y hay comidas que no se olvidan, aunque no dejen huella en los análisis clínicos.

En los caminos rurales de Oaxaca, donde la electricidad es intermitente y la noche cae con fuerza, las serpientes son parte del paisaje. Algunas son venenosas, otras no. Algunas se camuflan entre las piedras, otras se exhiben con colores brillantes. Algunas atacan si se les molesta, otras huyen. Pero todas cumplen una función. Controlan plagas. Equilibran ecosistemas. Son parte de la historia.

Hablando de crótalos, hay especies que se confunden. La falsa nauyaca, *Leptodeira septentrionalis*, es inofensiva, pero por su color y disposición de ataque, la gente la mata creyendo que es peligrosa. Lo mismo ocurre con el falso coralillo, *Lampropeltis triangulum smithi*, que imita los colores del coralillo venenoso. En los mercados, he visto pieles de estas serpientes vendidas como amuletos. En las fiestas, he probado su carne. En los hospitales, he visto sus mordidas.



Las serpientes no son enemigas. Son testigos. Son advertencias. Son parte de un legado ancestral que se desvanece entre el miedo y la ignorancia. En Oaxaca, donde los cerros guardan secretos y los caminos se bifurcan sin aviso, las serpientes siguen ahí. En Zaachila, en Tlacolula, en Huajuapán, en Pochutla, en Juquila, en Tehuantepec. Se arrastran entre las piedras, se ocultan en los cafetales, se asoman por debajo de las puertas. Y los que las han visto, como yo, saben que no son casualidad.

Las calabazas

No sé si fue el mole de caderas o el dulce de calabaza lo que me hizo ponerme nostálgico aquella tarde en Huajuapán. Tal vez ambos. El mole, por su bravura; la calabaza, por su ternura. Era el 2005. Hace 20 años. Era octubre, y el aire traía ese olor a tierra recién removida, a leña encendida, a memoria. Me senté en la mesa de doña Eustolia, una mujer de manos firmes y voz quebrada, y me sirvió el plato como quien entrega una herencia. “Prueba esto, hijo”, me dijo. “Es como lo hacía mi madre, con calabaza de las que sembraba mi abuelo Vicente”.

Ahí comenzó todo.

Yo soy Miguel. Y esta es la historia de cómo las calabazas me enseñaron a entender el tiempo, la tierra y los muertos.

Al oriente de la capital oaxaqueña, a más de 200 kilómetros, hay un pueblito que no aparece en los mapas. Entre la sierra norte y los mixes. Allí vivían Adela y Vicente, abuelos sin nietos, campesinos sin prisa. Su jacalito era de carrizo y palma, con un predio de apenas 50 por 100 metros, suficiente para cultivar maíz, frijol, chile y, sobre todo, calabaza. Vicente decía que la calabaza era como la gente buena: se



arrastra, se adapta, se multiplica sin hacer ruido. Yo los conocí cuando ya eran viejos. Adela tenía los ojos como pozos de agua clara, y Vicente hablaba con las plantas como si fueran sus hijos. Una tarde, con los demás niños del pueblo, fuimos al río. Vimos calabazas a la orilla, gordas, brillantes, como si hubieran nacido del agua. Las cortamos y nos fuimos. Tuvieron que pasar tres años para entender que esas calabazas venían del predio de Vicente. Las guías habían avanzado entre potreros, cruzado cercas, trepado piedras. Cosecha tras cosecha, las calabazas se expandieron como si buscaran algo. O alguien.

Adela y Vicente murieron ese invierno. Y el campo se inundó de calabazas.

Años después, ya adulto, volví al pueblo. Me recibieron los hijos de los hijos de los vecinos. El jacalito estaba en ruinas, pero el predio seguía vivo. Las calabazas lo habían conquistado todo. Había de todas formas: la de cáscara dura que

sirve de recipiente, la de piel fina que se come en sopa de verduras, las criollas de bolita, la guitarrilla que se da mejor de temporal, la de palo que se usa para los animales. Las de Rota, las de El Rocío, las comerciales, las bravías. Las que se cocinan con jugo, las que se endurecen en agua de cal, las que se cortan en tajaditas y se meten en la sopa. Las que se siembran con lechuga, las que se protegen con hierba copuda, las que se riegan con cinta y abono. Las que se dan por mayo, por junio, por julio. Las que siguen dando hasta octubre, si no se les quita el riego.



En otro pueblo, conocí a Antonio Pérez, un agricultor que hablaba de sus calabazas como quien habla de sus amantes. “Este año me han dado dos tractoradas”, decía. “No esperaba tanto. Les metí estiércol, les puse cintas, les di comida. Se volvieron locas”. Muy cerca de allí, Vicente y Gregorio González me contaron que antes, cuando había más gente en la familia, una calabaza grande no duraba una semana. “Ahora ya no hay sopa diario”, decían. “Las cosas cambian”.

Y sí, cambian. Pero la calabaza permanece.

En mi viaje por Veracruz, vi cómo la calabaza se usaba para todo: para el cocido, para el dulce, para los animales. Josefa Pérez me enseñó a hacer sopa con jugo de uva, ese caramelo espeso que se cocina con el zumo de la uva recién molida. “Eso estaba exquisito”, me dijo. “Pero ya no se puede hacer. Ya no hay jugo casero”.

En Chiapas, Romeo Naranjo me habló de las variedades antiguas de tronchos, que se conservan de dos a cuatro años si la tierra está húmeda. “Son bravías”, decía. “No se pierden, así como así”. Volví a Oaxaca con la cabeza llena de calabazas. Las de allá, las de acá. Las que se siembran

en olla, con carga de estiércol, y las que se plantan en hueco, con apenas diez centímetros de profundidad. Las que se cosechan granadas, para que la semilla sea fértil. Las que se secan y se vacían con alambre espinado, para hacer maracas, recipientes, instrumentos. Las que se usan en el mole de caderas, como dulce, como contrapunto, como consuelo.

Y entonces entendí.

Las calabazas de Adela y Vicente no eran solo plantas. Eran memoria. Eran resistencia. Eran la forma en que la tierra se niega a olvidar. Cada guía que avanzó entre potreros, cada fruto que apareció a la orilla del río era una carta escrita por los muertos.

Hoy, cuando como calabaza, no importa si es en potaje, en dulce, en cocido o en sopa de verduras, siento que estoy leyendo esas cartas. Y cuando vuelvo al predio, que ahora es un campo abierto, lleno de guías y frutos, me siento en casa. Porque las almas de Adela y Vicente siguen ahí. Y yo, Miguel, sigo leyéndolas. Una calabaza a la vez.





Había una vez en marzo



THELMA LÓPEZ

Nació en Tapachula. Estudió Contaduría Pública y un Postgrado en Administración de Organizaciones en la Universidad Autónoma de Chiapas. Laboró durante 28 años en la Administración Pública Federal. Su trabajo como escritora ha sido publicado en los periódicos, El Sol del Soconusco y Noticias de Chiapas. Forma parte de los colectivos “Tejedoras de vida”, “Fraternidad Literaria bajo el Palo de Mango”, y “Latino Escritores”.

Instructivo para el ocho de marzo. El primer paso es cerrar los ojos y abrir el corazón, esa cajita escondida en la parte superior izquierda de tu pecho; dale vuelta a la manija y permite que salga la sinfonía de tu voz.

Por todas.

La solidaridad es una anciana consciente; reside en la luz solar. Durante los albores de la humanidad, cuando las hojarasca secas cubrían los ojos del mundo, ella se sentó en la tierra y conversó con la primera mujer.

—Tengo dos hermanas, una se conoce como fraternidad y la otra como sororidad; tenemos el mismo origen, aunque en ocasiones una es masculina y la otra femenina.

—Búscalas cuando el campo se seque, cuando las gotas salidas de tus ojos inunden tus pestañas.

—Cuando las encuentres, te curarás y emergerás completa, segura, plantarás huertas que nunca se desvanecerán...

Los zapatos de Rita.

A Rita no le gustan los zapatos; es pequeña, nadie se los ha comprado.

Le gusta sentir la arena y los charcos; está segura de que a sus pies le brotarán caracolas y flores de Jamaica.

Danza en el sembradío imaginario, no anhela las sandalias de mamá, que muelen, amasan, cocinan, limpian, lloran, se ocultan, tienen hambre, están rotas...

Ella prefiere las alas para poder volar a un mundo feliz.



La respuesta.

—¿Qué me sostiene? —le pregunté a mi madre un día.

Ella guardó silencio por un extenso período de tiempo, mientras yo admiraba sus ojos, semejantes al mar. Así proseguí.

—En el tiempo futuro, cuando ya no estés aquí, necesito comprender, ¿qué me dará soporte? Entonces, como una horda de pájaros sonrientes, me respondió.

—El encanto de la vida, la rutina mecánica cuando la estabilidad se ausente.

—Las costumbres en las recetas de cocina.

—La ilusión de la esperanza.

—Cuando todo esto no sea suficiente, identifica cuántas personas son verdaderamente con las que puedes hablar.

—Los brazos de Dios.



Consejos de marzo, con m de mujer.

1. Recuerda que tus emociones son válidas, no restes importancia a lo que sientes y no permitas que otros lo hagan; anótalas, identifica su procedencia, transforma tus ideas, dales un toque de realidad y ajusta tu perspectiva.
2. El cansancio proviene de algo; por lo tanto, primero debes reconocer tus cargas emocionales en el hogar, en la profesión; observa aquellas que no son únicamente tu responsabilidad, hazlo sin emitir juicios personales.
3. Discutir también puede ser curativo; sé amable contigo misma, no es necesario que logres todo y eso está bien.

4. Si optas por participar en la marcha, crea un letrero con mensajes que representen tus pensamientos, lo que deseas transformar en el ámbito femenino.

5. Encuentra una amiga con quien puedas ser sincera; expón tus inseguridades y miedos.

6. Gran parte de lo que cargas no es tuyo; busca ayuda psicológica, únete a un colectivo de mujeres, transforma los deberías por me gustaría, comparte quién eres, no asumas lo que no te pertenece.

7. La ira también puede protegerte; anota las injusticias que has enfrentado, impón límites; eso te permitirá identificar lo que no mereces y vivir sin temor.

8. Por último, realiza un gesto por una mujer que no tiene opciones; ofrécele un mensaje de apoyo; siempre hay algo que podemos aportar. Que la lucha sea equitativa.

“Por un mundo donde seamos socialmente iguales, humanamente diferentes y totalmente libres.”

Rosa de Luxemburgo



PRESENCIA DE PALENQUE EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-AMERICANA DE MADRID



El Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, en Madrid, España. (Foto: Biblioteca Nacional de España, BNE)



J. C. DE LA CRUZ

Profesor, investigador y promotor cultural. Ha publicado libros de historia y cuentos, así como poemas, artículos y ensayos en revistas nacionales y del extranjero. Asesor en el Comité para obtener la declaratoria de Centro Histórico de la ciudad de Jalpa de Méndez; y fundador del proyecto de restauración digital del acervo fotográfico de Palenque, Chiapas, con la página de Facebook Palenque: Memoria A Color.

1 892 fue un año de especial significación para España, pues se conmemoró el “IV Centenario del Descubrimiento de América”. Fue en el marco de esa celebración que se realizaron congresos y exposiciones internacionales, se escribieron libros y artículos con el tema americano como común denominador; y fue en ese contexto que se llevó a cabo la Exposición Histórico-Americana de Madrid, un evento también de gran importancia para México, ya que generó avances en las investigaciones arqueológica, histórica, antropológica y etnográfica desarrolladas en nuestro país.

Dicha exposición tuvo como sede el Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, y se inauguró el 12 de noviembre de 1892, con dos meses de retraso. Participaron los siguientes países: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia,



Una vista de la Sala III, tomada desde la Sala II. (Foto: BNE)

Costa Rica, Ecuador, Estados Unidos, España, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, República Dominicana y Uruguay. De hecho, nuestro país mostró un gran interés por participar: desde que se recibió la invitación oficial por parte del gobierno español, las autoridades mexicanas procedieron a crear una comisión especial (9 de mayo de 1891) cuyo objetivo sería preparar los materiales y colecciones que se llevarían hasta Madrid para su exhibición. Se la denominó Junta Colombina y estuvo integrada por intelectuales como Joaquín García Icazbalceta (quien fungió como presidente de la misma), Francisco Sosa (secretario), Alfredo Chavero, José María Vigil, José María de Agreda y Sánchez, y Francisco del Paso y Troncoso. Teniendo como sede de trabajo el Museo Nacional de México. Contando con el decidido apoyo del gobierno porfirista (que quería mostrar un México en desarrollo, estable y moderno), la Junta Colombina realizó un trabajo colosal: hubo que seleccionar piezas duplicadas o nunca exhibidas dentro de la enorme colección de objetos arqueológicos y etnográficos del Museo Nacional.

Se compraron también colecciones particulares y piezas arqueológicas (como códices) en varios estados del país; se publicó un enorme volumen titulado “Antigüedades Mexicanas”, en homenaje a Cristóbal Colón. También se encargó al ingeniero Antonio García Cubas la elaboración de una “Carta geográfica del Imperio Mexicano y demás naciones descubiertas y conquistadas por los españoles durante el siglo XVI en el territorio perteneciente hoy a la República Mexicana”. Asimismo, se pidió a los gobernadores que enviaran fotografías de sitios arqueológicos y “tipos indígenas” de sus respectivos estados. Para esto último se invitó a fotógrafos nacionales y extranjeros (algunos franceses y alemanes), que tenían sus estudios fotográficos no sólo en la capital, sino también en otros estados como Sonora, Nuevo León, Chiapas y Chihuahua. Y no fue todo. Ese afán de mostrar “el glorioso pasado de México como nación indígena y como colonia” (al nivel de las civilizaciones antiguas, como Egipto, Grecia o Roma), hizo que en el Museo Nacional se habilitaran talleres de imprenta, dibujo, fotografía, litografía,

carpintería, vaciado en yeso, entre otros; y que se ampliara el taller tipográfico para incrementar la cantidad y calidad de las publicaciones que se llevarían a la capital española.

En ese mismo tenor, se hicieron vaciados de catorce esculturas de la Galería de Monolitos del Museo. Y en el taller de fotografía se hicieron reproducciones de aquellas piezas que no se podían transportarse, ya fuera por su fragilidad o gran tamaño. Pero tal vez lo más complicado fueron las expediciones arqueológicas y etnográficas que se llevaron a cabo en varios estados del país, con la intención de recolectar objetos para enriquecer las colecciones que serían exhibidas en la Exposición. La primera se denominó Comisión Científica de Cempoala (1891), y fue dirigida por Francisco del Paso y Troncoso. Otra expedición, financiada por el Museo Nacional, se realizó también en Veracruz, en la costa de Sotavento, en la cual participó el profesor Francisco Río de

la Loza, junto al mismo Del Paso y Troncoso. Río de la Loza partiría rumbo a Tabasco y Chiapas en otra expedición (1892), en compañía del capitán Pedro Pablo Romero, con la intención de llegar a las ruinas de Palenque: acá explorarían el sitio, harían planos y tomarían numerosas fotografías de las que hablaremos más adelante.

Hubo otras expediciones: a Casas Grandes, Chihuahua; Papantla, Veracruz; Morelia; y Guadalcázar, San Luis Potosí. Culminada la colosal tarea de la Junta Colombina, con la recolección, clasificación y selección de casi 17 mil piezas arqueológicas, antropológicas, históricas y etnográficas; se procedió a integrar la delegación mexicana que se trasladó a Madrid dos meses antes de la inauguración, con el objetivo de instalar en las cinco salas que se le asignaron a México toda aquella fabulosa colección. A la solemne inauguración, por cierto, asistieron los reyes de España y Portugal,



Salón de descanso que comunica con la Sala V. (Foto: BNE)

ministros de la Corona, delegados, autoridades y embajadores de los países participantes. Ahora bien: ¿qué participación tuvo Palenque en aquel magno evento? Bueno, en el tomo II del “Catálogo de la Sección de México” (preparado por Del Paso y Troncoso y editado en Madrid en diciembre de 1893), se hace un listado de los objetos seleccionados para mostrar la belleza de las ruinas palencanas: un vaciado en yeso, tres dibujos de lápiz y veintinueve fotografías (que no hemos podido localizar). Como dijimos, México ocupó cinco salas del Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales: de la I a la V. En la primera se exhibió un vaciado en yeso a tamaño real del panel central del tablero del Templo de la Cruz (o “Cruz de Palenque”, como se lo conocía en aquella época). Se lo colocó en el pedestal H, casi en una esquina, junto a dos reproducciones de esculturas mexicas. Y no fue lo único de dicho tablero.

En la Sala V se habilitó una sección de Cuadros, en la cual se lo exhibió completo (aunque en tres partes), no en una réplica de yeso o fotografiado, sino dibujado a lápiz por el gran pintor mexicano

José María Velasco. En el cuadro número CXXXVII se mostraba el tablero central, el cual se conservaba en el primer Salón de Arqueología del Museo Nacional. El cuadro CXXXVIII correspondía al panel derecho del tablero, que en esos días se encontraba en el Museo Nacional de Washington. Y en el cuadro número CXXXIX se veía el panel izquierdo, que se hallaba todavía en su sitio original de Palenque. De dichos dibujos, por cierto, no se especifican las medidas. Velasco, valga el comentario, tuvo una destacada participación en este evento, ya que se exhibieron cuarenta y dos obras suyas, entre dibujos de lápiz, de pluma y pinturas a la acuarela.

Él se desempeñaba como profesor dibujante-fotógrafo del Museo Nacional, donde se dio a la tarea de dibujar y pintar piezas diversas de Teotihuacán, Tlatelolco, Cholula, Jalisco, etc., que formaban parte del acervo de dicha institución. Piezas como la Piedra del Sol o “calendario azteca”, Quetzalcóatl, Coatlicue, Mictlantecuhtli, entre otras. También en la Sala V se colocaron seis facistolos (atriles grandes) en los que se exhibieron casi todas



Sala I con la “Cruz de Palenque” (al fondo, a la izquierda) en exhibición. (Foto: BNE)



Sala I con la "Cruz de Palenque" (al fondo, a la izquierda) en exhibición. (Foto: BNE)

las fotografías tomadas por el profesor Francisco Río de la Loza durante la expedición que realizó con el capitán Pedro Pablo Romero a Tabasco y Chiapas. En el Facistol V se colocaron veinticuatro cuadros, numerados del CCXLVII al CLXX, con un total de ochenta y tres fotografías, treinta de las cuales correspondían a dicha expedición.

Eran diez cuadros (del CCLXI al CCLXX) dedicados a la Expedición de Tabasco y Chiapas. Había tres fotos en cada cuadro, todas con las mismas dimensiones (18x24, tanto verticales como horizontales), casi todas tomadas en las ruinas de Palenque, aunque reunidas en grupos especiales o por temática. En total se llevaron cuarenta fotos a Madrid, pero se habían tomado más en aquella expedición. En la Sala III se exhibieron diez; y en la Sala V las otras treinta, veintiocho de Palenque, si se agrega una de la colección palencana de don Sebastián Alamina, un hacendado tabasqueño. Así las cosas, en el grupo temático denominado "Etnología" (Cuadro CCLXI) se mostraba una foto, "Familia de albinos del Palenque", en la

que posaba una familia con su cabaña detrás: "techo de palma y las paredes son de varejones no unidos entre sí, de modo que el aire circule con libertad del exterior al interior por todos los ámbitos de la casa", según indica Del Paso y Troncoso en el "Catálogo" ya mencionado. En el grupo "Artes", subgrupo "Vistas y Paisajes" había otras dos fotos de Palenque, junto a una de Tenosique: en el Cuadro CCLXI se hallaba una foto de la "Iglesia del pueblo de Santo Domingo del Palenque", un modesto aunque moderno edificio construido de ladrillos, todavía con las dos losas del santuario del Templo de la Cruz empotradas a ambos lados de su puerta principal (de dichas losas también se tomaron sendas fotografías, las cuales mencionaremos más adelante). El subgrupo lo completaba otra foto, "Arroyo del Palenque" (Cuadro CCLXIII), que no es otro que el arroyo Otolum, que corre por en medio de las ruinas.

Es el grupo "Arqueología" el más importante por la cantidad de fotos allí reunidas. Tenía cuatro subgrupos: "Chontales", "Palencanos",

“Antigüedades de Tecolpá” y “Antigüedades de Palenque”, aunque sólo en los dos últimos se mostraban imágenes relativas a las ruinas. Tecolpá, hay que señalarlo, era una hacienda ubicada “cuatro leguas al Noroeste de Montecristo” (hoy Emiliano Zapata, Tabasco), en la margen izquierda del Usumacinta. Su propietario, el ya referido don Sebastián Alamina, había ido reuniendo una colección de artefactos antiguos que aparecían luego de los derrumbes del río ocasionados por las crecientes. Objetos como vasijas, ídolos, representaciones de animales y plantas, e incluso una “primorosa cabeza de tipo palencano”, eran los que se veían en esa foto titulada “Colección palencana del Señor Alamina” del subgrupo “Antigüedades de Tecolpá”. En el otro subgrupo, “Antigüedades de Palenque”, se agrupaban las veinticuatro fotos restantes tomadas en las ruinas, y que en su mayoría eran vistas de los cinco edificios principales: el Palacio, el “Palacio de las Leyes” (Templo de las Inscripciones), “Templo de la Atalaya” (Templo de la Cruz), Templo de la Cruz Enramada (o Foliada) y el Templo del Sol. Dichas imágenes fueron distribuidas de la siguiente manera:



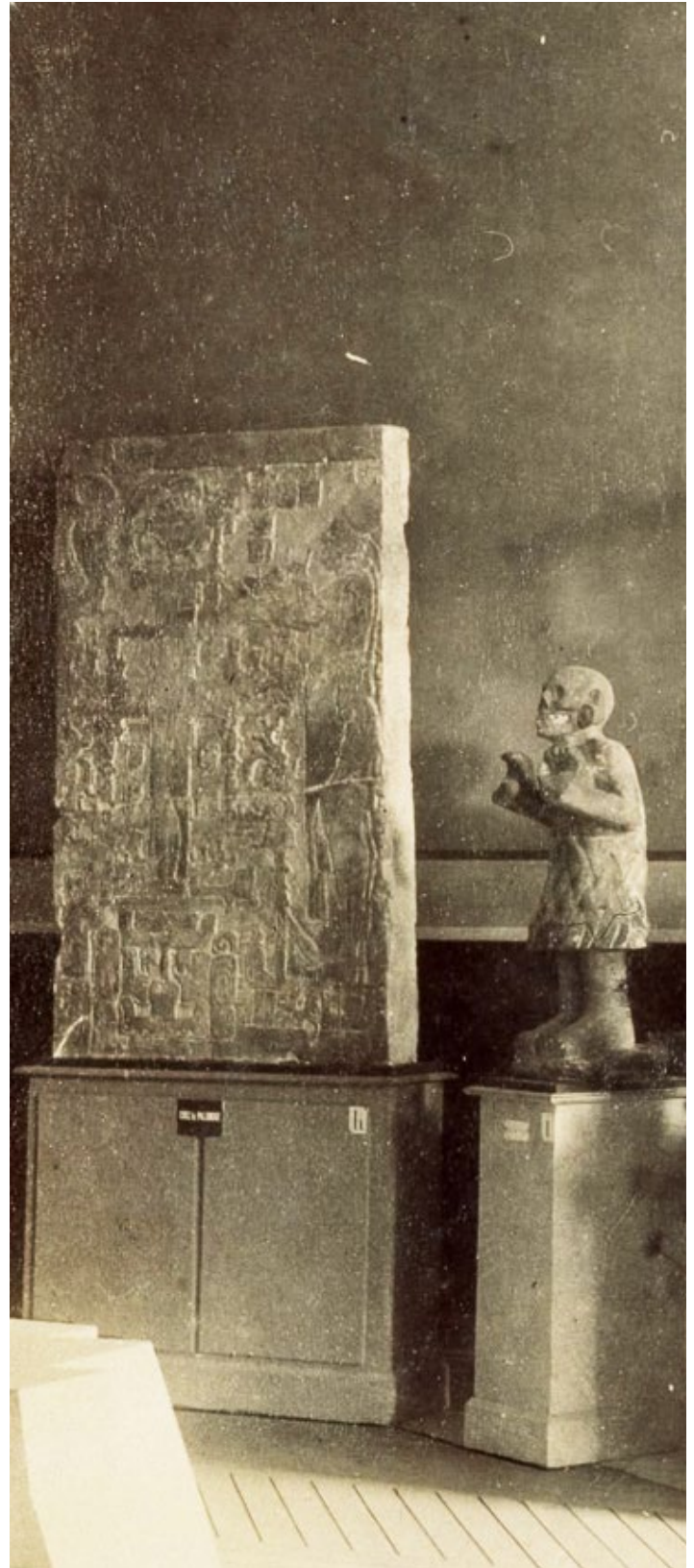
Sala I con la “Cruz de Palenque” (al fondo, a la izquierda) en exhibición. (Foto: Mediateca del INAH)

- Cuadro CCLXII: dos fotos de los tableros o losas del Templo de la Cruz (que ya habíamos mencionado), y que en esa época se encontraban en la fachada de la iglesia del pueblo, a ambos lados de la puerta principal.
- Cuadro CCLXIII: una vista de la Torre del Palacio, en “estado de destrucción” y con algunas construcciones adyacentes.
- Cuadro CCLXIV: dos vistas panorámicas del Grupo de las Cruces y una foto de la fachada del Templo del Sol, con “restos de relieves a los lados” de sus entradas.
- Cuadro CCLXV: tres vistas del Templo de la Cruz Foliada “presentando las aberturas ojivales de su corredor”.
- Cuadro CCLXVI: dos vistas del Templo de la Cruz y otra del de las Inscripciones, edificio “notable” por sus cinco entradas y su “escalinata revestida de machones o estribos laterales”.
- Cuadro CCLXVII: dos fotos con “detalles del Palacio”; en la primera se veían “nichos que encerraban osamentas”, tal vez refiriéndose a los subterráneos. La segunda era una vista del Patio Este, donde se encuentran las esculturas colosales. Y la tercera era otra panorámica del Grupo de las Cruces.
- Cuadro CCLXVIII: más “detalles del Palacio”, con tres vistas de pórticos y dependencias.
- Cuadro CCLXIX: una vista panorámica de los templos de la Cruz y del Sol; y dos reproducciones de los cartuchos jeroglíficos en las galerías del Palacio.
- Cuadro CCLXX: tres vistas del Palacio.

Por último, en el Facistol VI de esa misma

Sala V se colocaron otros veinticuatro cuadros (numerados del CCLXXI al CCXCIV), en los que se exponían ciento once fotografías, las cuales formaban parte de una colección que la Junta Colombina de México había encargado al fotógrafo Manuel Buenabad. A éstas se les sumaron sesenta y nueve que se mostraron también en la Sala V, en el aparador P, siendo fotos de diversas piezas del Museo Nacional de México. A esta colección es que pertenece otra foto de Palenque: una de la losa o panel central del tablero de la Cruz (Cuadro número CCLXXVII), que como ya comentamos, se conocía como “Cruz del Palenque” en ese entonces. Era una foto un poco más chica que las de la Expedición de Tabasco y Chiapas: medía 14 x 22 cm. Esa expedición, por cierto, también produjo seis planos que se exhibieron en el Escaparate 37: tres del Grupo de las Cruces; y tres de las plantas de los Templos de las Inscripciones, de la Cruz y del Sol.

Esta breve relación de objetos llevados a Madrid nos permite establecer que la presencia de Palenque en la Exposición Histórico-Americana fue modesta, lo cual se confirma si lo comparamos con la cantidad de objetos de otras culturas de nuestro país. Sin embargo, el hecho de que se haya realizado una expedición para visitar las ruinas (lo que no ocurrió con otros sitios importantes de la región maya, como Chichén Itzá o Uxmal, por citar dos ejemplos), elaborar planos y tomar fotografías de los principales edificios, le da un cierto realce a Palenque: hace patente el interés de los estudiosos de aquella época por este sitio en particular. Y no solo eso: también constituye un importante antecedente: tanto en el ámbito de las investigaciones arqueológicas mexicanas, como en el de la museografía y la fotografía, ya empleada ésta como herramienta fundamental de la Arqueología nacional.



Un acercamiento a la “Cruz de Palenque”.



Compartimos lo mejor
de México y el mundo,
con más de 30 años
de experiencia.



MAR AGENCIA



Pregunta por nuestros
paquetes todo incluido en
viajes nacionales y al
extranjero y conoce todas
nuestras promociones por
temporada.



 +52 916 121 0397



Mar Viajes Internacionales

Registro Nacional de Turismo SECTUR 4070653003



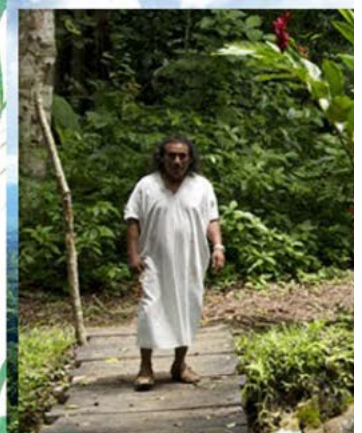
TU HOGAR EN LA SELVA

Topche.mx

info@topche.mx

(52)916 101 6959

Lacanja Chansayab, Chiapas, México





HAZ QUE EL MUNDO ESCUCHE

tu talento

LICENCIATURA EN,
PRODUCCIÓN
Musical



SEP
SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN
PÚBLICA

RVOE
RECONOCIMIENTO DE
VALIDEZ OFICIAL DE
ESTUDIOS

**SISTEMA
ESCOLARIZADO**

4 AÑOS
(8 SEMESTRES)

**TURNO
MATUTINO**

CCT: 07PSU0279Q

RVOE: PSU-08/2024

4A ORIENTE NORTE
#410 TUXTLA GTZ, CHIAPAS

EDUARDO RAMÍREZ IMPULSA LA PROSPERIDAD DE CHANAL



El gobernador de Chiapas, Eduardo Ramírez Aguilar encabezó en Chanal el arranque de los Programas Alimentarios del Gobierno del Estado, una estrategia con sentido humanista que fomenta el consumo de productos regionales y garantiza una alimentación nutritiva y de calidad para niñas, niños, jóvenes y personas en situación de vulnerabilidad. En este contexto, subrayó que uno de los propósitos de la Nueva ERA es impulsar la prosperidad compartida en los pueblos que durante años permanecieron en el olvido. Acompañado de la directora general de Alimentación y Desarrollo Comunitario del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, Uritzimar Jazmín San Martín López, y de la señora Sofía Espinoza Abarca, el mandatario refrendó su disposición de trabajar de manera coordinada con la presidenta de la República, Claudia Sheinbaum Pardo, para mejorar de forma integral las condiciones de bienestar y alimentación en los 12 municipios que presentan mayores necesidades. En su mensaje, Ramírez Aguilar manifestó estar comprometido “con pasar del olvido a la prosperidad, y ese es el sentido de estar en Chanal y en otros municipios. Queremos sumar

esfuerzos con nuestra presidenta Claudia Sheinbaum, porque en Chiapas queremos decirle al mundo y a México que nuestra gente come todos los días. Tenemos el gran compromiso social de que nuestras niñas y niños cuenten con mejores condiciones de vida”. Asimismo, el gobernador chiapaneco convocó a autoridades y liderazgos de distintos sectores sociales y productivos a unir esfuerzos para fortalecer el tejido social y construir comunidad, así como a evitar la confrontación y la indiferencia, factores que, advirtió, frenan el progreso de los pueblos. De igual forma, agradeció a las representaciones del DIF Nacional, Estatal y municipales por impulsar acciones sensibles que contribuyen al equilibrio social y al buen vivir. Más adelante, el gobernador inauguró la reconstrucción de la red de distribución de agua potable y tomas domiciliarias, obra que representó una inversión superior a 1.2 millones de pesos (mdp) y beneficiará a más de siete mil 600 habitantes de diversos barrios de Chanal. Indicó que en este municipio se destinarán más de 20 mdp para ampliar el acceso al agua potable, además de concretar proyectos en salud, educación, caminos y otros rubros prioritarios.

EL PRESIDENTE DE PALENQUE CONTINÚA REALIZANDO ACTIVIDADES EN BIEN DEL MUNICIPIO



En lo que va de este inicio de mes, el alcalde palencano Jorge Cabrera Aguilar, realizó diversas actividades en beneficio de los habitantes de este municipio. En Tuxtla Gutiérrez, asistió a la Presentación de las Reglas de Operación 2026 y Lineamientos del Fondo de Aportaciones para la Infraestructura Social (FAIS), realizada en el Instituto de Administración Pública del Estado de Chiapas. El encuentro permitió conocer de manera puntual los lineamientos que fortalecerán el ejercicio responsable, transparente y eficaz de los recursos destinados a la infraestructura social. La coordinación entre el Gobierno del Estado y los municipios es fundamental para impulsar proyectos que mejoren la calidad de vida de las familias chiapanecas, durante el evento estuvo presente la secretaria de Gobierno Dulce Rodríguez Ovando, con quien el Ayuntamiento de Palenque

trabaja coordinadamente. Cabrera Aguilar, reafirmó el compromiso de seguir trabajando con responsabilidad y visión para gestionar y aplicar correctamente los recursos que permitan llevar más obras, servicios y bienestar a la comunidad palencana. Por otra parte, el municipio de Palenque sostuvo una reunión de trabajo con el secretario de Protección Civil, Mauricio Cordero, para revisar y fortalecer las acciones de prevención y atención ante los incendios forestales en Palenque. Ante la temporada de calor, es fundamental mantenerse coordinados y preparados para proteger los bosques, las comunidades y el entorno natural que nos rodea. Jorge Cabrera puntualizó que en el gobierno municipal de Palenque se sigue trabajando de manera responsable y en equipo para salvaguardar a la población y cuidar el medio ambiente.

SE PRESENTA EL PROGRAMA MUJER SEGURA: PRESIONA, ACTIVA Y ALERTA Y A ESTUDIANTES DE DIFERENTES NIVELES EDUCATIVOS,



El Presidente Municipal de Palenque, Chiapas, Jorge Cabrera Aguilar, junto a su esposa Nayeli Hernández Morales, titular del Sistema DIF Municipal, acompañaron a la secretaria de la Mujer e Igualdad de Género, Marian Vázquez González, a la entrega de los dispositivos smartwatch del Programa Mujer Segura: Presiona, Activa y Alerta y a estudiantes de diferentes niveles educativos, con el propósito de fomentar la denuncia, ofrecer acompañamiento integral y garantizar espacios seguros y libres de violencia para todas las mujeres. Esta estrategia busca fortalecer la prevención, atención y denuncia de agresiones hacia las mujeres, a través de la coordinación entre los tres órdenes de gobierno para construir entornos seguros y libres de agresión. El alcalde, Cabrera Aguilar, reconoció la visión del gobernador al impulsar políticas públicas con perspectiva de género y consideró que este dispositivo representa una alianza inédita entre autoridades y sociedad para garantizar justicia, seguridad y una vida

libre de violencia. La secretaria de la Mujer e Igualdad de Género, Marian Vázquez González, exhortó a las mujeres a denunciar cualquier forma de violencia, tanto en el hogar como en los espacios públicos, señaló que esta iniciativa promovida por el Gobernador del Estado, Eduardo Ramírez Aguilar, tiene como objetivo que las mujeres vivan con tranquilidad y sientan la protección permanente de las autoridades. Explicó a las asistentes que los smartwatches son un dispositivo de protección personal e intransferible que permitirá solicitar apoyo mediante cinco clics, activando una alerta directa al C5 y a la Secretaría de Seguridad del Pueblo en un radio de un kilómetro, por lo que exhortó a emplearlo de manera adecuada. Asimismo, puntualizó la relevancia de las normas 046 y 047, que garantizan atención médica, jurídica y psicológica a víctimas de abuso sexual, además del acceso oportuno a medicamentos preventivos dentro de las primeras 72 horas, en protección de la salud y los derechos sexuales y reproductivos